

# RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, abril de 1953

Núm. 10 10

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Preco de suscripción  
Cada 5 números mensuales,  
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los  
unos a los otros como yo os he  
amado".

(Jesucristo a sus discipulos).

Dirección y Administración:  
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988  
GIJÓN

## La tentación del hermano Plácido

I

EL hermano Plácido era un anacoreta que, en estos tiempos que corren se dedicó a imitar la vida penitente de los padres del yermo. Era casi un niño cuando, llevado por irresistible vocación, se había retirado a un desierto arenoso, y tal era de austera y mortificada la vida que llevaba en su retiro, que el Señor estaba altamente complacido de su siervo.

Vivía en una gruta natural, cuyas rocas, de puro húmedas, chorreaban agua por cuatro costados; dormía sobre un montoncillo de paja que, juntamente con una calavera, un cántaro y unos libros, eran todo el mobiliario de su escondite; y no comía sino raíces, hierbas machacadas y miel, ya que aquel solícito cuervo que traía antaño la comida a San Antonio Abad, o por no considerarlo digno de tamaño favor, o por estar ya jubilado, no aparecía jamás por aquellos lugares.

Los días pasaban, pues, para el hermano Plácido tan sosegadamente como pasaban, allí cerca, entre juncos verdes, las aguas de un arroyo manso y cristalino. Como desde tan niño se había entregado a la vida retirada, apenas tenía noción ni recuerdo de lo que era el mundo; de modo que la imaginación no podía turbarle con tentaciones, y éstas se reducían, si acaso, a meros picotazos de curiosidad, que con cerrar los ojos y decir alguna jaculatoria desechaba fácilmente.

Así, pasando los días, el hermano Plácido crecía en santidad y virtudes, y el Señor empezaba a mostrarle con favores su predilección. Cuando, por ejemplo, alguna vez, por estar enfermo, no podía salir de su gruta a cuidar y regar el huertecillo de habas y lechugas que tenía a la vera, los ángeles bajaban a medianoche y se lo regaban muy amorosamente con unas regaderas de oro...

II

Y ocurrió que, por aquellos días, estando reunidos los diablos en junta general, allá en lo más negro de los infiernos, vino a recaer la conversación sobre el hermano Plácido, la fama de cuyas virtudes empezaba ya a impacientar a la sástanica tropa. Se habló largamente de sus éxtasis, de sus ayunos, de sus oraciones y de la impertinente superioridad con que con

sólo agitar un momento la colgona manga del hábito oseaba a los diablos, como si fueran mosquitos,

La opinión general se condensó en una sola frase: «Esto no puede seguir así...»

Inmediatamente se levantó un tumulto de proposiciones e ideas para darle la zancadilla al virtuoso ermitaño. Unos proponían, como en el caso de Job, pedir permiso al Altísimo para llenar su cuerpo de llagas y podredumbre; otros opinaban que era mejor tentarle para que se ensoberbeciera de su propia virtud; otros, en fin, más fantásticos, votaban por unas tentaciones de gran espectáculo, como las que se ensayaron, aunque sin éxito, con San Antonio, con su acompañamiento de vestiglos, dragones y sabandijas.

Pero de pronto, en medio de aquel guirigay, se alzó la voz de un diablo, cuyo voto, por estar muy especialmente dedicado al capítulo de tentaciones, era de mucho peso en la cuestión. «Señores míos —dijo—, estamos haciendo el ridículo. Hablamos de tentar al hermano Plácido, y empezamos por no saber lo que la virtud del hermano Plácido da de sí, ya que desde niño vive en la soledad, ignorante de las cosas mundanales... Dejémoslos, pues, de dragones y lagartos; presentémosle simplemente una mujer...»

Los diablos, golpeando furiosamente con las colas sobre el suelo, demostraron su aprobación y su entusiasmo.

Ea, señores —prosiguió el orador—, tengo ya candidata para el caso; se llama Lulú. Es una bailarina de una de las más mundanas y cosmopolitas ciudades del mundo y está considerada como la mujer más «chic» y más a la moderna que existe. La tengo marcada con el número 1 en mi repertorio... ¿Eh? ¿Qué tal?...

El entusiasmo de la endemoniada asamblea fué indescriptible y al orador se le concedió un amplio voto de confianza para el desarrollo de su idea.

III

Efectivamente, Lulú era la mujer más «chic» y más a la moderna que puede uno imaginarse. En su persona habían sido acatadas hasta el último límite todas las exigencias de las modas. A fuerza de deportes, de baños turcos y de no comer al día más que una taza de té y un bollo,

había logrado la más extremada y elegante delgadez que nunca se ha conocido; los huesos pinchaban por todas partes; su piel, como si fueran a agujerearla, y su cuello, largo y lleno de cuerdas, parecían un cartucho de papel de seda lleno de macarrones; tenía toda la piel del pecho y la cara pintada de yodo; la boca, de carmín, y las orejas, de azul de Prusia; las cejas las tenía depiladas, y los párpados, en cambio, injertados de pestañas artificiales; llevaba la nuca afeitada, el pelo cortado, un egipcio en la boca y en la mano un bastoncillo de junco... En fin, ya digo que era lo más «chic» que puede darse.

Como el diablo en quien la asamblea había delegado trataba con bastante familiaridad a Lulú, los pormenores del plan quedaron pronto acordados.

Todo había de ser muy «chic» y muy a la moderna. Nada de esas antiguallas de truenos, relámpagos, monstruos, peste, azufre, etc... Nada. La simple presentación de Lulú ante el hermano Plácido, muy natural, muy como quien no quiere la cosa: un trajecito de mañana, una mirada coqueta, una seña... ¡Oh, el triunfo era seguro! El ermitaño no podría resistir la prueba.

IV

A los pocos días estaba el hermano Plácido a la puerta de su gruta, sentado sobre una piedra, leyendo un viejo librito de pergamino. La mañana era fresca y apacible; el chorro de una fuente cantaba a lo lejos entre unos chopos, y el aire traía aromas de espliego y hierbabuena del huertecillo.

Leía sosegadamente el buen anacoreta un pasaje de un Santo Padre que iba diciendo así:

«La mujer es a menudo escollo de perdición y anzuelo de Satanás. Son sus encantos como befeño que aduerme nuestras potencias, que son los alcaides y guardadoras del ánima; y así, aprovechando este descuido y pereza, arrecia el enemigo con mucha fuerza de golpes y embestidas, hasta que, al fin, nuestra fortaleza se resquebraja como cantarillo de barro, y, por sus roturas y grietas, nuestro espíritu se derrama fuera de sí. Porque la mujer es cuévano de flores, que esconde mil venenosas sabandijas...»

—«Good morning» —dijo, de pronto, una voz decidida, a pocos pasos del ermitaño. Alzó este la cabeza y halló con asombro plantada sobre sus habas y sus lechugas a la elegantísima Lulú, ataviada con un blusón suelto y sin formas, más

salientes que nunca sus huesos, más pintada que nunca su cara, con su junquillo, con su egipcio, con sus uñas deslumbrantes como espejuelos.

Iba a preguntar el asombrado ermitaño el consabido: «En nombre de Dios, dime quien eres», de rigor en estos casos; pero Lulú se adelantó, diciendo triunfalmente:

—Soy la mujer.

—¡Ah! ¡La mujer...!—dijo el hermano

Plácido, y después de mirarla y remirla un rato largo y de repasar el párrafo que acababa de leer y de volverla a mirar, añadió entre dientes, como si hablase con el autor del libro:

—Pues, realmente, no valía la pena de tantos aspavientos...

Y bajando los ojos continuó tranquilamente su lectura sin hacerla caso.

*José María Pemán*

## DESPUES DE LA HORA NONA

(Reportaje de un romano en Jerusalén)

Cada hora que pasa me convenzo más de que este clima produce efectos muy extraños aún en los extranjeros.

Ayer noche, había decidido regresar rápidamente a Roma, huyendo de este ambiente enrarecido por la muerte del llamado Nazareno. Hoy, en cambio, he mudado de opinión, y me quedo hasta resolver este asunto y ver su desenlace que creo esté próximo, si es natural, como me parece suponer en algunos momentos.

Sin embargo, otras veces pienso, que hay algún misterio o causa oculta en este asunto. Yo, por si acaso, me quedo en Jerusalén.

### Mi conversación con uno de sus discípulos

He hablado con un discípulo del Nazareno que se ha mostrado muy locuaz, el cual me expuso los puntos fundamentales de su doctrina. En verdad que algunos son admirables y forzosamente han de ser muy bien acogidos por el pueblo, que se sentirá elevado en su dignidad y en su categoría social, pero lo que más me llamó la atención es que El recomienda «el amor al prójimo, incluso a los enemigos». Esto, romanos, nos parece absurdo y monstruoso. Nuestros filósofos jamás habían dicho cosa tan peregrina. Pero lo que me asombró más aún, fué la afirmación categórica del discípulo fiel del hombre ajusticiado, que me dijo, sin lugar a duda por su parte, que el Nazareno, resucitaría de entre los muertos.

¿Habréis oído alguna vez a hombre alguno, por extraordinario que haya sido, palabras tan audaces?

Si efectivamente, era Hijo de Dios, como confesó no se por que motivos, nuestro Centurión, al contemplar la muerte de aquel hombre, nada tendría de extraño; pero sigo creyendo que este clima terminará por trastornarnos a todos. Espere-mos los acontecimientos.

### Un rayo de luz

Hoy he conseguido mucho y he logrado interesantes informaciones respecto al problema que ha planteado el llamado Nazareno, muerto hace dos días escasamente.

Ilustres Rabinos de Jerusalén, ecuanimes en sus juicios y desapasionados en sus opiniones, como son según me habían informado, Gamaliel y su primo Nicodemus, me facilitaron datos muy curiosos

en relación con el ajusticiado en el monte Calvario.

No podían evitar la preocupación que les embargaba por el crimen, son sus palabras, cometido por el pueblo.

Según profecías hechas por hombres extraordinarios que vivieron en épocas lejanas, habría de venir el Mesías a la Tierra para dignificar y elevar a su pueblo. Según sus escritos, ellos creen que el tiempo es éste precisamente, y según la interpretación que se puede dar a aquellas profecías, el Nazareno bien pudiera ser el Mesías anunciado. Y aquí viene lo horrible. Ese mismo pueblo que ha estado esperándole tantos siglos, no lo reconoció y le condenó a muerte.

Para estos hombres, inteligentes y versados en su religión, la preocupación tiene que ser horrorosa.

—¿Pero no han comprendido, les pregunté yo, los escribas y sacerdotes del Templo, que ese hombre pudiera ser el Mesías?

—Eso les he dicho yo en la última reunión del Senedrín, y no quisieron oírme. Su odio ofuscaba su razón. No lo comprendo, me decía Gamaliel.

—¿Y qué creéis que puede ocurrir ahora de ser cierta esa duda, y como conseguiréis aclarar ese misterio?

La respuesta, romanos, me cogió de sorpresa y me tuvo un momento suspenso.

—El dijo, me contestaron, que resucitaría al tercer día.

—¿.....?

—Comprendemos su perplejidad como ciudadano romano, pero El lo dijo y hemos de esperar los acontecimientos. Si resucita, como anunció, entonces El era el Mesías esperado, era el Hijo de Dios. ¡Pobre pueblo de Israel! Los siglos venideros lo señalarán eternamente con el dedo, acusándole de deicida.

Esta declaración me dejó sorprendido de momento y meditándola después, comprendí que estaban en lo cierto. Si resucita, forzosamente, romanos, habremos de repasar nuestras creencias para ajustarlas a este nuevo estado de cosas, pues no recuerdo, jamás, que nuestros dioses hayan obrado de modo semejante.

Con esta inquietud, regresé a casa a esperar los nuevos acontecimientos.

### Otra vez en el Pretorio

Los sucesos del Calvario siguen apasionando a estas gentes, que discute y te-

me cada momento con más preocupación. Con todos hablo, a todos pregunto, y todos me responden con vacilaciones y temor. Y yo, también preocupado, me voy otra vez a ver a nuestro Gobernador Poncio Pilatos.

Consigo fácilmente llegar a él.

Lo encontré más inquieto y preocupado que el día que le ví por última vez que fué anteayer. Hasta me parecía más viejo. Tenía deseos de hablar y esta vez fué él quien abordó desde el primer momento la conversación sobre el Nazareno. También él, como al pueblo, le preocupaba.

—¿Qué dice este pueblo miserable de la muerte del Nazareno? Parece que ahora no han quedado aún satisfechos y creo le temen más muerto que vivo.

—Cierto. Es verdad. Esa misma inquietud me pareció observar en las gentes de toda clase y condición. Por eso vine a ti a saber las últimas noticias.

—No puedo decirte gran cosa. Me volvieron a visitar los sacerdotes del Templo, inquietos y nerviosos, para rogarme pusiera una guardia en el sepulcro, pues temen que sus discípulos roben el cuerpo del Nazareno y digan después que ha resucitado. Porque creo que así lo anunció él días antes. Y así lo hice para evitar más complicaciones.

—Y ¿qué crees tú de todo esto?

—No se responder ciertamente. Es un pueblo fanático... y cruel, que ha llegado a olvidar nuestro dominio por vengar a ese hombre que les molestaba, tal vez, porque era mucho más perfecto que todos ellos y les decía verdades aplastantes que iban contra sus miserias y sus ambiciones.

—¿Y qué vas hacer entonces?

—Esperar a que la tormenta se vaya aquietando con los días. Después iré a descansar, que falta me hace.

Salí del Pretorio, convencido de que el Pretor había dicho una verdad para despedirse: que necesitaba descanso. ¿Lo lograría?

### Por fin, lo extraordinario

Salía del Pretorio, más preocupado aún de lo que había entrado. Poncio Pilatos, estaba tan inquieto como el resto de los ciudadanos de Jerusalén.

De pronto se acercan precipitadamente unos soldados que se dirigen al Palacio del Gobernador. Sus caras traen retratados el espanto y la muerte. Voy tras ellos, los sigo hasta la misma sala donde el Gobernador apercibido sale a recibirles y escucho, amigos míos de la Roma Imperial, lo más extraño que podéis imaginaros.

Con tartamudez en sus palabras, precipitándose unos a otros y arrodillados ante Poncio Pilatos, explican:

—Señor, estábamos de guardia en la tumba del Nazareno como ordenásteis, cuando un joven rodeado de una luz extraordinaria, se acercó a ella y con una gran facilidad levantó la tapa del sepulcro y surgió de él, lleno de luz, vivo, vivo, lo hemos visto, y radiante, lleno de aureola de luz que cegó nuestros ojos y nos derribó llenos de pavor, la figura del Nazareno. Se elevó un poco en los aires... y desapareció.

Corrimos al sepulcro y dentro nada había, sino los vendajes con que fué amor-

tajado. Allí está la losa que lo cubría descorrida e intacta. No hay ser humano que sólo, pueda levantarla, Todos lo hemos visto y hemos de confesar que ese hombre es algo más que un hombre como nosotros, debe de ser un Dios.

Todos quedamos suspensos ante esa revelación de los soldados que guardaban el sepulcro. Sus declaraciones parecían ciertas por la emoción con que fueron pronunciadas. Poncio Pilatos, se limitó a dar orden de detener a los soldados y más inquieto que nunca se retiró a sus habitaciones.

Yo salí a confirmar la noticia.

Ya corría por todo Jerusalén la nueva de la resurrección del Hijo de Dios, del Enviado, del Mesías anunciado por los Profetas. Muchas personas lloraban y se maldecían por haber cometido el mayor delito que pudiera haber hecho su pueblo.

Más tarde, nuevas apariciones del resucitado, confirmaban la noticia de los guardias. Esto es extraordinario y me parece que, tendremos romanos, que estudiar los libros sagrados de esta religión tan extraña que envía su Dios a la Tierra y sus seguidores... lo crucifican.

Al regresar a casa, con mis pensamientos en desorden, me encontré con el Centurión que mandaba las fuerzas que condujeron al reo al monte Calvario y acercándose a mí, me dijo sencillamente:

—Y vuelvo a repetirlo, verdaderamente ese Hombre era el Hijo de Dios.

Yo casi voy creyendo que tiene razón.

X.

## CURIOSIDADES

### Las insignias de las dignidades eclesiásticas.

Por aquello de que «el saber no ocupa lugar» y porque en el número de febrero se prometió continuar con la sección de «curiosidades», hoy la dedicamos a las insignias de las dignidades eclesiásticas.

Es curioso e interesante conocer los atributos heráldicos que en sus escudos ponen dichas dignidades.

Los Cardenales timbran sus armas con un sombrero rojo con 30 borlas del mismo color. Los Patriarcas llevan sombrero verde con 30 borlas. Los Arzobispos, verde también, pero solo con 20 borlas, y los Obispos del mismo color y con 12 borlas.

El mayordomo de Su Santidad, el maestro de cámara, el auditor y el maestro de los Sacros Colegios Apostólicos, llevan sombrero morado con 20 borlas carmesí. Los Canónigos de Basilica Mayor, usan sombrero morado y los de Basilica Menor, ponen en sus armas sombrero negro con 6 borlas violeta. Los Canónigos de Catedral, no privilegiada, tienen sombrero negro con 8 borlas violeta.

Detrás del escudo de los Patriarcas, Arzobispos y Obispos, se pone en palo, o sea verticalmente, una cruz trebolada, esto es con los extremos en forma de trébol, para las dos primeras

dignidades la cruz es doble y simple para la tercera.

Los Cardenales solo pueden usar estas cruces cuando son Obispos o Arzobispos.

Los emblemas religiosos se admiten en las armas de los prelados solamente cuando se emplean en forma simbólica y se ajustan a las reglas heráldicas.

Las abadesas de órdenes monásticas usan escudo de forma ovalada o romboidal, con el báculo en palo.

Por falta de espacio omitimos otras insignias eclesiásticas.

*Fernández del Humedal*

## AL SANTO DE MI NOMBRE

### 13 de Abril

Español como yo, por eso miro tu figura con alta simpatía.

Deja que yo te cante en este día la española raigambre que en tí admiro.

Gallardo y arrogante y altanero, te subleva el baldón y el deshonor, y prefieres dejar de ser señor y convertirte en pobre prisionero.

No te arredra el poder ni te impresiona, que es acicate para tu virtud. Prefieres los tormentos de una cruz al brillo y esplendor de una corona.

Rey de la tierra, con ardiente celo tu cetro rindes y tu real espada, y es tu derrota la ideal jornada en que conquistas victorioso el cielo.

Yo que llevo tu nombre, bien quisiera tomar tu ejemplo y renunciar a todo. ¡Ayúdame a limpiarme de este lodo de vanidad y vida lisonjera!

Quisiera como tú, yo, en esta ruda batalla de la vida, pelear, y perdiendo, la gloria conquistar. ¡Quien pudiera lograrlo con tu ayuda!

*Hermenegildo Rodriguez*

## CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Hemos vuelto a recordar la vida, pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Repasamos el Evangelio y escuchamos con devoción sincera las palabras de Jesús de Nazaret a todos los hombres de buena voluntad. No podemos alegar ignorancia. Todos los años se nos recuerdan las palabras llenas de grandeza y sabiduría del Maestro, que si bien dirigidas a los hombres de aquellos tiempos, El hablaba a todos los hombres que vivirán a través de los siglos.

Sus palabras iban dirigidas a cada uno de nosotros. En los días de Semana Santa hicimos promesas, como las hacemos todos los años. ¿Seremos fieles a la palabra dada?

Tenemos un concepto desequilibrado de muchas cosas. En modo alguno seremos capaces de faltar al cumplimiento de una obligación al pie de la cual hemos puesto nosotros la firma. A veces, consideramos nuestra palabra con más valor aún que la firma misma y por encima de nuestro compromiso escrito, si damos nuestra palabra de honor, la cumplimos.

Tampoco estamos dispuestos, en modo alguno, a romper nuestros deberes sociales y realizamos actos, muchas veces ridículos, porque es un deber *sagrado* la cortesía... y vivimos en sociedad.

También acostumbramos a guardar una consideración y respeto a aquellas personas que por su condición social, política, puesto en la sociedad, o edad simplemente, merecen un trato distinto y de mayor categoría.

Y sin embargo, para nosotros mismos, para con nuestra vida misma, para lo que afecta a nuestras relaciones para con Dios, sobre nuestra alma, sobre nuestro porvenir después de haber terminado nuestros días en este mundo, sin embargo, digo, faltamos a la palabra dada, burlamos el cumplimiento de nuestros deberes religiosos, ofendemos a la esposa, a los hijos, a los padres, al amigo, a Dios mismo, dejando a un lado el compromiso contraído, olvidando el juramento hecho de rodillas ante Dios y en presencia de un sacerdote, faltando a toda norma de ética religiosa y echando sobre nuestra conciencia un borrón bochornoso del cual tenemos que responder algún día.

En la vida social, pueden rehacerse los errores y rectificar, incluso con gesto de caballerosidad; pero en la vida religiosa como no rectificaremos a tiempo nuestra conducta y vivamos todos los días de acuerdo con lo prometido, peligrosa será nuestra situación en el momento cumbre de la vida, en que la muerte se precipita, negándonos, a veces, los momentos de lucidez precisos para reajustar nuestras incorrecciones religiosas, y hasta el tiempo necesario para poner en orden tanto desbarajuste en nuestras relaciones para con Dios, como hemos ido creando en nuestros años de despreocupación y abandono.

Todos los años se nos concede el gran beneficio de la Cuaresma y de la Semana Santa. Incluso se nos ofrecen Ejercicios Espirituales, a la medida de nuestros gustos, para ayudarnos en el reajuste espiritual de nuestras conciencias; pero tengamos presente, que un año, no sabemos cual, esa Cuaresma, esas tandas de Ejercicios, serán los últimos y no tendremos tiempo ya de llegar a los próximos.

A nuestro derredor vemos todos los días, los amigos que se van, precipitadamente, y que luego nos hacen comentar su muerte con las frases de... si ayer le ví todavía... si estuvimos juntos hablando de... y muchas más que todos recordáis.

Meditemos, que puede ser probable que esas frases nos las digan de nosotros un día cualquiera. Meditad,

Vivid preparados porque la muerte llegará como el ladrón... cuando menos se la espera.

R.

Comentando  
**El tren de la vida**

«Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir», Jorge Manrique, que en sus magníficas y popularísimas Coplas nos ha dicho nada menos que eso, vivió en una época en la que no se podía comparar a la vida con los ferrocarriles.

El pasado siglo, fué el siglo de las luces, y con él vino al mundo el tren. La vida ya existía, y le podía haber servido de modelo, pero al rodar de los años, resulta que se cambió la tostada, y es el tren el que se puede presentar de modelo a la vida. Y es que se parecen, tanto, que muchas veces, cuando vamos a la estación a esperar a un amigo, que se nos cae encima una temporadita, no sabemos a ciencia cierta si lo que esperamos y va a llegar es un tren o una vida nueva. Lo que sí sabemos, es que su llegada, siempre tardía o inoportuna, nos desespera.

Los ríos de Jorge Manrique, terminaban en la mar. Los trenes tienen marcado como término de su viaje

Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado



DE  
**José Romero Tena e Hijo**

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6  
(Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

ANTIGUA FUNERARIA

DE

**Feliciano Rodríguez**

Fundada en 174

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

una estación, pero no se puede garantizar que en ella terminen. En esto es en lo que más se parecen a la vida. Y esta comparación, creo más afortunado el tema ferroviario que el fluvial. Cierto es, que los ríos y la vida se terminan en su debido fin, sea como sea: el mar y la muerte, y que a los trenes no se les puede buscar un fin premeditado y cierto. La vida discurre por una vía, casi siempre estrecha, y pasa por varias estaciones. Y muchas veces descarrila, y la última estación no está marcada en el mapa. Como los ríos se desboca, y como los trenes se estrella contra los obstáculos del camino. Y allí, impensadamente, termina su viaje. El precipicio, la obscuridad del tunel, la pared de enfrente, el otro tren que camina en dirección contraria, son muchas veces los hitos que marcan el final de un viaje. Y en el tren de nuestra existencia pasa lo mismo. El precipicio de los negocios sucios, la obscuridad de los pecados ocultos, la pared tope de nuestras ambiciones, el tren enemigo que nos sale al encuentro a estropear nuestras combinaciones, no solo nos cambia de ruta, sino que también, en muchas ocasiones, nos suspenden la continuación del viaje, nos estrellan, y se nos para la máquina,

Tenemos una diferencia con los trenes, en estos aspectos, y es que a los trenes les salen estos tropiezos sin buscárselos la máquina ni los vagones, y a la vida se los buscamos nosotros mismos. Y la catástrofe se produce por nuestra culpa, por lo que resultamos ser unos saboteadores de nuestra propia existencia.

Topetazo más o menos, nuestra vida corre que corre por la vía de la existencia con sabotajes y sin ellos, y pasa por las estaciones, a las que siempre llega fuera de la hora. Nuestros retrasos son más notorios que los del tren, y sin embargo protestamos cuando el correo se durmió una hora plácidamente sobre los railes, sin tener en cuenta que los que esperan por nuestra llegada, se desesperan de nuestra tardanza; el tren de la vida, corre que corre, llega tarde, se estrella, atropella a muchos y en sus frecuentes catástrofes, mata muchas ilusiones y muchas ideas, cuando no muchas vidas, y en sus catástrofes es peor que el otro.

Miradlo con calma desde el andén, y os convenceréis.

HERO

**Planchas ACANALADAS**

de CUBRICION

Almacenes ARBUES

Covadonga, 27 - Teléf. 1817

GIJON

**César A. Prieto**  
**PINTOR**

Avda. Molinón, 2 - Tel. 3115

**JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA**  
**Vda. de Melchor Osorio**

Relojes, joyas y artículos para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

**ALMACENES LA SIRENA**

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA  
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

**VINOS PARA MISA**

y selectos para mesa

**AGUSTIN SERRANO**

COSECHERO

**MANZANARES**

proveedor del S. Vaticano

**La Caja de Ahorros de Asturias**

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

**CASA INFANTIL COVADONGA**

Pola de Gordón (León)